

Vilma Villaverde

LEO TAVELLA, laborador del arte

ESCULTOR CERAMISTA ARGENTINO



Muestra distribuida por la editorial

Leo Tavella, *laburador* del arte

Alicia Romero y Marcelo Giménez

Hace cierto tiempo...

del intercambio de nuestros recuerdos, emergía potente *La Ventana* de Vilma Villaverde, un ensamble entre el “objeto encontrado” que da título a la obra y el busto cerámico de una monja, cuyo sosiego observa el más allá de su reclusión protectora. Entonces, la evocación de otro ensamble eficaz, *Hombre y Armario* de Leo Tavella; escena aciaga por lo familiar, la atadura de mueble y modelado devela la verdad que propone lo dúplice. Ambas esculturas operan *similaridades*: sentir y figurar el vínculo sujeto-objeto; formalizar como procedimiento simultáneo el azar y la determinación. Algo más tarde supimos que la filiación entre los autores era efectiva también en la vida real. Amistad en el arte.

Ahora...

acabamos de leer un estudio sobre la vida y la obra de Leo Tavella escrito por Vilma Villaverde. Y el primer valor que se impone a nuestro juicio es la presencia de esa mirada, a la vez reflexiva y sensible, que sólo un artista puede elaborar acerca de otro artista. Una perspectiva que no pretende alcanzarnos desde el rigor disciplinar de la historia sino con la amabilidad dialógica del ensayo. La autora manifiesta desde el principio su implicación en los acontecimientos que aborda. Porque, en efecto, si en el espacio del Arte Cerámico Contemporáneo Internacional numerosos sucesos la incluyen como testigo, muchos otros la señalan, al igual que a Tavella, en rol de protagonista.

La iniciativa también constituye un reconocimiento afectivo –mas no el primero– de la discípula dilecta hacia el gran maestro, acto que por sí mismo resulta virtuoso en tiempos en los que este ancestral *convivio* en el saber y en el pensar parece desvanecerse. Acto imprescindible para prácticas como la cerámica o la textil que, por quedar segregadas del armado de las “bellas artes”, carecieron de registros histórico-artísticos adecuados y de enfoques estéticos específicos.

Es en el territorio que instaura ese sentir artístico compartido donde Villaverde vuelve sobre los pasos de Tavella y, en su huella, se emociona ante lo elemental y lo cotidiano, se apasiona por el mundo y los seres, se duele y se alegra con el destino de sus semejantes. Un relato, siempre sincero y por momentos conmovedor, recrea las variadas sendas que el maestro transita en la expresión de su sensibilidad; de este modo, lo narrado desalienta el acercamiento meramente racional. El estilo enunciativo es

polifónico: convoca una diversidad de voces que construye la argamasa del texto en una multiplicidad de tonos: confidencia, crónica, crítica.

La documentación producida o reunida se examina con esmero analítico y vivencial. El enlace de archivos preexistentes conduce a la investigadora a la creación de uno propio, en soporte digital; es sólo una prueba de la perpetua voluntad de Villaverde por gestar y conservar testimonios pronunciados por la oralidad o callados en escritos e imágenes acopiados con dilección. En una tarea siempre colectiva, alguien se ocupa hoy –como ayer, como mañana– de auspiciar, preservar, interrogar y pensar el hacer cerámico. Entonces, en la multifacética y generosa actividad desplegada por Vilma Villaverde para y por el Arte Cerámico Argentino, este extenso proyecto que focaliza sobre el consagrado artista Leo Tavella y, en particular, sobre su trayectoria cerámica aquí y en el exterior, es un gesto claro por abrir paso a la memoria de las cosas importantes, a aquellas vidas y aquellas obras que han cimentado lo mejor de nuestro presente y que deberían permanecer como patrimonio real.

Antes...

la vivencia personal de contemplarlos enseñando juntos en uno de los tantos talleres de escultura cerámica que han coordinado; la solicitud, la delicadeza, el humor, la solvencia, el respeto y, entonces, la convicción de compartir un amor especial por la enseñanza. Fundamentalmente, el sentimiento agradecido a Leo Tavella por haber sido testigos de su accionar en defensa de la pluralidad expresiva en la vida y en el arte, de la libertad como condición humana irrenunciable, de la emoción como impulso esencial hacia la verdad.

Hoy...

en ocasión de prologar este libro, creemos comprender la orientación del título propuesto por la autora y reconocemos su eficacia metadiscursiva sobre nuestra escritura. También la red de significados que tensa en la extensión espacio-temporal del arte de nuestro país y nuestra región en el actual contexto mundializado. Un título que reivindica el *laburo* como ética de vida. En lo que atañe al artista homenajeado, se trata de aquella sensibilidad específica que conduce al hacer constructivo; de haber crecido en la decencia de la labor que escancia los días, en la necesidad vital de generar lo aún increado y de estar a favor de lo que se ama protegiéndolo con acciones precisas. Se trata, en fin, de la experiencia de eludir el cálculo privativo para apostar a la trascendencia común. Esto es lo que trasunta como recado la vida y la obra de Leo Tavella en la percepción de Vilma Villaverde. Simplemente un hombre guiado por el deseo de *labrar el efecto del arte*, que siente su trabajo como felicidad.